

Un conejo de monte sale del majano que le sirve como madriguera (foto: Antonio Castro).

## En ayuda del ingeniero de los ecosistemas

**E**stamos acostumbrados a escuchar y leer sobre la necesidad de recuperar la abundancia de conejos en la península Ibérica. Pero, ¿quiénes lo reclaman? Por un lado, como es natural, los cazadores; por otro, los conservacionistas preocupados por los depredadores que dependen estrictamente del lagomorfo.

No es un asunto menor: más de cuarenta especies consumen o pueden consumir conejos con cierta regularidad, incluidos algunos omnívoros como el jabalí o reptiles como la culebra bastarda. La mayoría de sus depredadores son carnívoros y rapaces de gran interés desde el punto de vista de la conservación.

El papel del conejo como presa para la comunidad de depredadores mediterráneos es de sobra conocido. En la Reserva Biológica de Doñana se ha estimado que, antes de la llegada de la enfermedad hemorrágica vírica, éstos consumían más de cincuenta mil conejos al año en una superficie de unas seis mil hectáreas, lo que equivaldría a unos ocho conejos por hectárea.

El conejo es una pieza clave en el mundo mediterráneo, más allá de su protagonismo como presa básica para muchos depredadores. Por el mismo motivo, el declive de este auténtico "ingeniero de los ecosistemas" puede desencadenar importantes efectos en cascada, a menudo poco evidentes o conocidos. Recuperar sus poblaciones es urgente y prioritario.

Pero la importancia del lagomorfo va mucho más allá. Y no me refiero sólo a la opinión de historiadores que, como Antonio García Bellido, reclaman para él la condición de animal totémico o simbólico de la península Ibérica, sino a su papel ecológico. Me atrevería a decir que sin conejos el monte mediterráneo no existiría, o al menos no sería tal como lo conocemos.

Así lo hemos sugerido en un artículo publicado recientemente en la revista científica *Conservation Biology* (vol. 22, nº 5). Buena parte de este texto gravita sobre la idea del conejo como "ingeniero de los ecosistemas", es decir, con capacidad de modificar las condiciones ambientales y la disponibilidad de recursos y que, por lo tanto, puede afectar a otras especies y a las relaciones entre éstas. Veamos de qué manera.

### DIVERSAS FUNCIONES DE GRAN RELEVANCIA

Los conejos deben el nombre genérico de su denominación científica, *Oryctolagus cuniculus*, a la prominente actividad excavadora

que presentan, puesto que *oryktes* en griego significa “excavador”. Sus madrigueras o huras sirven como área de alimentación y refugio para muchas otras especies, entre otras un gran número de invertebrados. Es el caso de la pulga *Xenopsylla cunicularis*, que debe la segunda parte de su nombre científico al conejo. De vertebrados podemos citar a anfibios como el gallipato, reptiles como la culebra bastarda, micromamíferos como el lirón careto o incluso carnívoros como el linco. La actividad excavadora del conejo también afecta al ciclo de nutrientes, a la infiltración de agua, a la estructura del suelo y a la microtopografía.

Los excrementos de conejo contienen semillas viables de una gran variedad de plantas, que incluyen hierbas, arbustos e incluso árboles. En la península Ibérica puede dispersar semillas de al menos 75 especies vegetales pertenecientes a más de 20 familias. En principio, hemos estimado que en sólo un 2'5% de excrementos hay semillas. Sin embargo, el número total de las dispersadas a lo largo del año es grande, ya que la densidad del lagomorfo suele ser elevada y cada ejemplar produce en promedio más de trescientos excrementos por día. Los conejos, por lo tanto, actúan como importantes vectores para la dispersión vegetal.

Estos excrementos tienen concentraciones de nitrógeno y fósforo similares a las del ganado. Por ello, sus letrinas contribuyen a la fertilidad del suelo y el crecimiento de la vegetación. Son también una fuente de alimento importante para los invertebrados. De hecho, la disponibilidad y abundancia de este recurso es un factor determinante en la diversificación evolutiva y el alto número de endemismos de escarabajos coprófagos.

A través del pastoreo, los conejos pueden producir efectos notables en la composición y estructura de las comunidades vegetales. Así, en una dehesa madrileña se ha estimado que consumen más del 40% de la biomasa vegetal disponible, lo que supera con creces los valores obtenidos para otros herbívoros. Este alto porcentaje explica que en las zonas con abundancia de conejo se reduzca significativamente la altura media de las plantas y se incremente la desigualdad en el tamaño de las mismas.

Los conejos facilitan el mantenimiento de las zonas de matorral abierto que, de otro modo, se cerrarían de manera natural. Los mosaicos de paisaje resultantes no sólo favorecen al propio conejo, al ser éste su hábitat preferido, sino también a micromamíferos y depredadores.

## EL RETO DE CONSERVAR UNA ESPECIE CLAVE

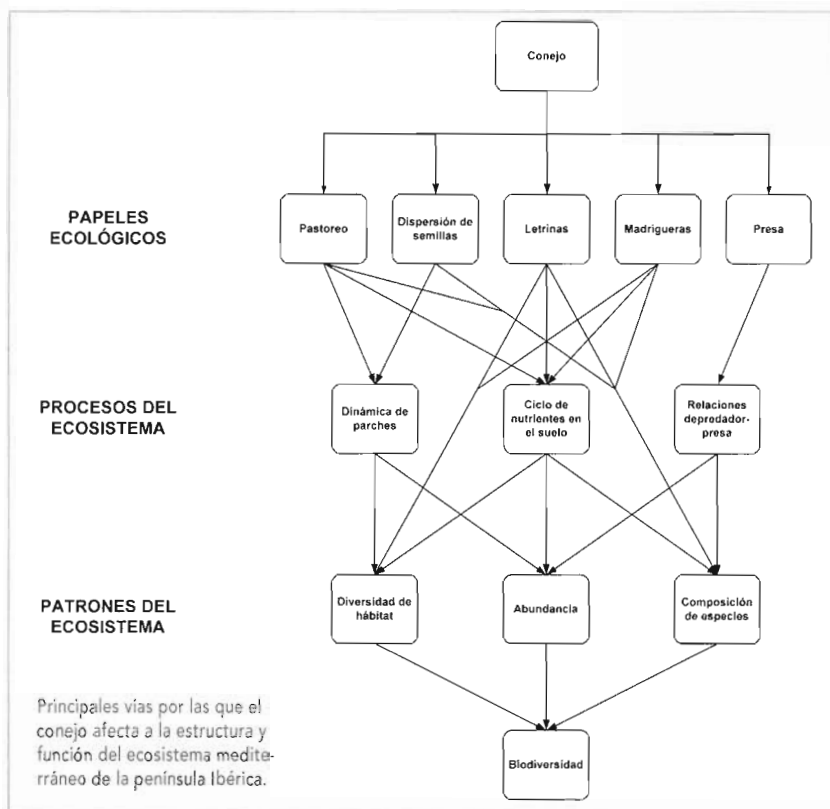
El conejo cumple todos los requisitos para ser considerado una especie clave (del inglés “keystone species”). Por un lado, es crucial para el mantenimiento de la organización y diversidad de diferentes comunidades; por otro, su importancia es excepcional en relación a la del resto de las especies. Además, lleva a cabo una serie de funciones que sólo puede ser desarrollada por él. Su papel es tan relevante en el monte mediterráneo que se ha sugerido denominar a estos ambientes como el “ecosistema del conejo”.

El declive de sus poblaciones ibéricas, como consecuencia de la pérdida de hábitat y de las enfermedades, ha podido desencadenar importantes efectos en cascada en el funcionamiento ecosistémico. Algunos son más que evidentes. Por ejemplo, está sobradamente demostrado que el descenso en las densidades del conejo ha traído consigo un menor éxito reproductivo de algunos depredadores. La situación crítica de especies como el linco ibérico

o el águila imperial se debe en gran medida a la rarefacción de su presa principal.

Pero el declive del conejo debe estar afectando también a otros aspectos menos estudiados, como el ciclo de nutrientes, la biodiversidad, sobre todo a escala de plantas e invertebrados, y la disponibilidad de refugios para la fauna. Hay que salvar al conejo, todos estamos de acuerdo, pero no sólo por y para los cazadores, ni por y para los lince o las águilas imperiales; también por los escarabajos coprófagos, las retamas, los lagartos y lagartijas, muchos anfibios y, sin duda, innumerables especies que ni siquiera conocemos bien.

La recuperación del conejo, por lo tanto, se antoja como uno de los retos más importantes de cara a la conservación de los ecosistemas ibéricos. Se tiende a pensar que el mayor riesgo para sus poblaciones son la mixomatosis y la enfermedad hemorrágica vírica. No obstante, tanto modelos teóricos como datos de campo sugieren que en las zonas con mejores condiciones de hábitat las



poblaciones suelen estar en equilibrio con las enfermedades y, por tanto, son más saludables.

Por consiguiente, sería recomendable que la mayor parte de los esfuerzos de gestión se dirigiesen a conservar y recuperar los ambientes óptimos para la especie. Lo ideal sería trabajar en paisajes agrícolas tradicionales, especialmente en zonas donde la agricultura se ha intensificado o se ha abandonado. Para ello, se debería fomentar la gestión del hábitat —por ejemplo, aclarados de matorral y siembras en monte cerrado— entre todos los actores implicados, incluyendo a agricultores, cazadores y conservacionistas. ♣

**Autor:** Miguel Delibes Mateos investiga en el Departamento de Biología Animal de la Universidad de Mataga y en el Instituto de Investigación en Recursos Cinegéticos, centro dependiente del CSIC, de la Universidad de Castilla-La Mancha y de la Junta de Castilla-La Mancha.

**Dirección de contacto:** Miguel Delibes Mateos · Irec · Ronda de Toledo, s/n · 13071 Ciudad Real · E-mail: m.delibesmateos@gmail.com